

quetes que celebraban, tendidos en el suelo, con carnes asadas y lacticinios. En estos festines se discutian (1) las causas y objeto de la asamblea general, la guerra que en ella se intentaba acordar, y el más principal asunto de la eleccion de los jefes. Con este motivo pudo escuchar Ruscín en todos los labios el nombre de Bebrix, cuya varonil apostura y magnificencia habian seducido á la mayor parte de los soldados: sin embargo, no le acobardó esta circunstancia ni titubeó un momento en suscitarse contra él y contra Elomare casi todas las sospechas que habia ya confiado á Saron y á Valla. Empero sólo consiguió ser escuchado con sorpresa, porque el complot supuesto por Ruscín y su explicacion estaba muy por encima de la limitada inteligencia de estos bárbaros: conseguir un objeto por caminos tan escabrosos y por medios tan arriesgados les parecia una fábula y el resultado de un visionario sueño; así es que contestaron sencilla y cándidamente á Ruscín que si Bebrix y Elomare hubieran tenido las intenciones que aquel les suponía con respecto á Vintex y á Ambigat, hubieran empleado contra éstos la punta de un machete ó el golpe de una maza.

(1) *De pace denique et bello plerum in convitiis consistant.*—(N. del T.)

Aun más incrédulos encontró Ruscín á los aulerces, cuyas ideas estaban circunscritas á los cuidados de la conservacion personal y á la destruccion de sus enemigos. Preferian á los goces de la vida el placer de morir matando, y aunque no eran aptos en la fabricacion de telas para sus vestiduras, eran muy hábiles en la fundicion de armas terribles, y se entregaban á un detenido estudio para presentar el aspecto más feroz y salvaje, cubriendo sus cuerpos con pieles de bestias feroces, que cazaban en sus montañas. Armados de negros broqueles y pintadas sus carnes con sanguinarios colores (1) escogian las tinieblas de la noche para pelear, y ponian en fuga á sus enemigos, tanto por su infernal aspecto como por su extraordinario arrojo. Ni aún admitieron á discusion los fundamentos ni las suposiciones de Ruscín, y se concretaron á responderle: Que los sacerdotes habian consultado á la diosa Herta (2), y que ellos deberian conocer esos se-

(1) *Negra scuta, tincta corpora.*—(N. del T.)

(2) Divinidad venerada tambien entre los antiguos germanos. Segun Tácito, en un bosque de una isla del Oceano estaba el carro en que Herta recorría los países de su dominio durante ciertas épocas del año. Algunos han supuesto que se la tenía por la personificacion de la Tierra.—(N. del T.)

cretos mejor que Ruscín, dado caso que pudiesen existir. • Uno de los aulerces añadió que la Diosa había sido llevada, como de costumbre, á todas las comarcas sobre su carro sagrado, tirado por becerras y oculta bajo un velo que solamente podía ser descornado por los sacerdotes : refirió que del interior del carro salía un tremendo ruido de armas, lo cual significaba que la divinidad consideraba indispensable aquella guerra; y añadió que debía ser castigado como sacrilego todo aquel que opusiese obstáculos á su declaración. El oráculo merecía tanta mayor fe, cuanto que treinta esclavos habían sido dedicados á purificar el cuerpo y el carro de la Diosa con las aguas del lago sagrado, y todos treinta habían sido ahogados despues en el mismo lago, segun lo exijia el culto que se profesaba á esta divinidad, y para mayor virtud de sus vaticinios. No se conserva memoria de un sacrificio más grande que el que se ofrecía á esta diosa, á quien debía pagarle con su propia vida todo aquel que la viese; y sin duda que debió haberle sido muy agradable el que acababa de ofrecérsele, puesto que había respondido satisfactoria y claramente á las consultas que se le habían elevado.

Contrariado Ruscín por no haber podido adelantar nada en el ánimo de aquellos

bárbaros (1), se encaminó á la ciudad de Anibigat, con la esperanza de que las especies calumniosas que allí se proponía esparcir tendrían eco entre los súbditos de un rey cuyo poder había llegado á ser bastante absoluto y tiránico para haberse creado enemigos y descontentos; pero aquellos que le habían visto llegar á Bourges con escaso séquito de carros y de soldados, despreciaron sus palabras; y si no le arrojaron fuera de su morada fué porque las leyes y deberes de la hospitalidad se lo impedían; deberes que eran tan sagrados y respetables entre los Celtas, que todo aquel que faltase á ellos con un extranjero, debía ser más severamente castigado que si no los practicaba con un individuo de su propia tribu: ley inspirada en un bello y admirable sentimiento de humanidad que exigía aumento de proteccion y amparo al huésped, á medida que éste se encontraba más aislado y léjos de su familia y de su pueblo.

El tiempo trascurria : la asamblea ge-

(1) Para los Celtas Tectósagos, bien sea porque estuviesen más adelantados en las artes y en el engaño, ó bien por haberse creado más necesidades, siendo por consiguiente más egoistas, eran unos bárbaros sus compatriotas los de Chartres y los de Evreux; así como los mismos Tectósagos eran reputados como tales entre los Griegos y Romanos que arribaban á las costas del Mediterráneo.—(N. del T.)

neral debía celebrarse al día siguiente, y Ruscín presentía que le era irremediable sufrir la humillacion de ver proclamar á Bebrix jefe de los Tectósagos. La desesperacion le dominaba, porque no podía resignarse á consentir esa jefatura y superioridad, que lastimaba su orgullo y heria la dignidad del esposo que habia elegido para su hija. No teniendo, pues, quien le ayudase para atacar á Bebrix, se decidió á presentarle por sí solo la batalla, y se encaminó á la morada de Ambigat, donde suponía que habia de encontrar al afortunado guerrero.

Allí estaba, en efecto, en medio de una turba de jóvenes, entre los cuales se veía un número considerable de ellos que no llevaban la espada ni el escudo, cuyos arreos no abandonaba el celta jamas. Eran éstos los mozos que aún no habian sido considerados dignos de llevar las armas, y acompañaban á sus padres, que venían á reclamar para ellos aquel honorífico derecho, objeto de la ambicion y de las aspiraciones de todos; porque desde el momento en que se les otorgaba, comenzaba su vida política como hombres y como ciudadanos. Miéntras que no tenía lugar aquella ceremonia se hallaban debajo del poder de sus padres, que tenían sobre ellos el derecho de vida y muerte; pero una vez

armados dejaban de pertenecer al padre y eran hijos de la República (1). Estas inmundidades, sin embargo, no se acordaban nunca por el solo acto de la peticion del padre ó la solicitud del más próximo pariente, á falta de aquél: era ademas absolutamente indispensable que los jóvenes se sometiesen á ciertas pruebas para justificar que eran dignos de llevar las armas que se le habian de confiar (2).

Cuando llegó Ruscín iban á empezar los actos de las pruebas, y pudo convencerse, bien á su pesar, hasta qué punto se habia elevado la consideracion y el favor que gozaba Bebrix, al observar que se hallaba conferenciando con Ambigat y sus dos sobrinos, apartados de los demas y en un extremo de la estancia. La víspera de aquel día habia experimentado Ruscín las mordeduras del despecho, y habia sufrido profundas heridas en su amor propio, viendo prevalecer la opinion y los consejos de Bebrix sobre los suyos, en la junta de jefes, donde se discutian ciertos preliminares ántes de someterlos á la deliberacion y aprobacion de la Asamblea general, y aho-

(1) *Ante hoc domus pars videntur, mox reipublicæ.*—
(N. del T.)

(2) *Sed arma sumere non ante cuiquam moris quam civitas suffectorum probaverit.*—(N. del T.)

ra le veía conversar casi familiarmente con el Soberano (1).

En efecto, era extraordinario el favor que gozaba Bebrix, y usando Ambigat de una deferencia que significaba una señalada distincion en tales circunstancias, otorgó á Bebrix el honor de invitarlo á que tomase asiento, bajo su presidencia, entre los jueces nombrados para sentenciar y apreciar el mérito de los jóvenes que pretendian el uso de las armas; pero áun fué mayor la sorpresa de Ruscín que su irritabilidad, al observar que Bebrix llamaba la atencion de Ambigat sobre él, y que, accediendo sin duda el Monarca á su intercesion, le enviaba uno de sus edecanes ofreciéndole el mismo honor. Ruscín aceptó, y el recibimiento que habia obtenido de Bebrix le probó que el joven guerrero le consideraba como á un hombre á quien se tiene interes en halagar. Bien fuese efecto del amor que Bebrix profesaba á Valla, ó bien por cálculo y recelo del joven jefe, que de este modo procuraba obligar á su adversario, el anciano tradujo esta acogida como un recuerdo de antigua amistad, y tomó asiento al lado de Bebrix.

(1) *Ut ea quoque, quorum penes pietatem arbitrium est, apud principes pertrancuntur.*—(N. del T.)

Entónces dieron comienzo los ejercicios de las pruebas, y éstas fueron lo que debian ser en un pueblo donde la superioridad física constituía el mayor honor y el mejor derecho. No es esto decir que fuese el sólo poder que dominase, porque hay que tener en cuenta lo que se observa en la historia de la humanidad; y es que, en todas las épocas, las sociedades han reconocido de grado un principio superior al cual han dicho: «obedecer», miéntras que al mismo tiempo, y sin apercibirse de ello, han seguido la corriente de la época, dominados por ciertas influencias cuyo poder y origen desconocian. El valor, la fuerza, la temeridad, eran los títulos de mejor derecho reconocido para aspirar al sufragio de los Celtas, y éstos no exigian otra clase de garantías ni cualidades á los jefes de su eleccion. No tenian idea ni nocion de las artes liberales, y esto no obstante, sucumbian ante el irresistible poder de aquéllas: el arte natural de la palabra, el primero y más importante de todos los que el hombre emplea instintivamente, les era de todo punto desconocido; no sabian qué cosa era la elocuencia, y sin embargo, las más de las veces se dejaban seducir por el hombre de fácil palabra. Así es que en los juicios de las pruebas oficiales que se celebraban para declarar hombre al niño, no se ex-

perimentaba á éste más que con actos de fuerza y valor, sin sospechar tal vez que en las asambleas de los ejércitos podian ser vencidos por las argucias de una palabra elocuente.

La primera prueba se practicó entregando á cada jóven una pesada maza ó palanca de hierro, que debian lanzar desde larga distancia, acertando á dar en un objeto ó punto previamente designado: despues se facilitó tambien á cada uno un bien templado machete para cortar de un sólo golpe un árbol de considerable grosor. Cuando terminaron los ejercicios de fuerza comenzaron los de agilidad y valor, que consistian en saltar desde elevadas alturas salvando lugares sembrados de agudas lanzas y de cortantes aceros. Aunque difícil, esta prueba ofrecia, no obstante, ménos peligros y daba ocasion á ménos accidentes de los que hubieran podido temerse, porque la práctica habia adiestrado á los jóvenes, que hacian alarde de su garbo y destreza.

Examinando detenidamente los juegos y los espectáculos de casi todos los pueblos salvajes, y comparándolos con los del siglo actual, se observa que la humanidad es siempre la misma en sus gustos é inclinaciones, y que la civilizacion ha influido poca cosa en ellos. Los regocijos de los

pueblos bárbaros no se han considerado interesantes si en ellos no se ponía en peligro la vida de algun individuo ó, cuando ménos, su sangre. Si la autorizada pluma de antiguos y acreditados publicistas é historiadores no atestiguára y enseñára lo que eran los juegos de los Celtas, podriase sospechar que se habian pintado las salvajes costumbres de aquellas gentes con los sanguinarios colores de las de ciertos bárbaros contemporáneos.

El número de los jóvenes que se habian presentado era considerable, y el ojo suspicaz de Ruscín pudo observar que los jueces del tribunal de las pruebas habian demostrado ménos rectitud y más tolerancia que otras veces, ya fuese porque se quisiera el aumento de los ejércitos que corrian al azar de las conquistas, ó bien porque se considerase necesario reemplazar con otros el enjambre de soldados que salian fuera de la nacion. En seguida que recayó la aprobacion de los ejercicios y la admision de estos jóvenes á la carrera de las armas, corrieron todos á colocarse al lado de los jefes que habian elegido, y aunque cierto número de ellos se afilió en las banderas de Belloveso y Sigoveso, la mayor parte fué á tomar plaza bajo las de un niño, que era el último descendiente de una ilustre familia; lo cual demuestra que ya domina-

ban entre esos pueblos feroces y salvajes las ideas de la estimacion hereditaria que daban soldados á un jefe incapaz de conducirlos. (1) Ninguno de los nuevos guerreros escogió por capitan á un celta que no fuese de su misma comarca, ninguno fué á ponerse bajo la conducta de Bebr'ix, ninguno se alistó en las banderas del príncipe de los Aulerces, que tambien se hallaba presente.

Luégo que terminaron estos actos y ceremonias, vióse á aquellos hombres vigorosos, que empezaron á tenderse y echarse en el suelo, no porque estuviesen rendidos de cansancio, toda vez que no habian gastado sus inagotables fuerzas, sino vencidos por la pereza y justificando que el instinto natural del hombre es contrario á la actividad y al movimiento cuando éste carece de objeto y aquélla no obtiene material é inmediato provecho. Así es que los Celtas, como todo pueblo salvaje, no comprendian el paseo ni lo practicaban, cazaban por sus aficiones sanguinarias ó para alimentarse con las carnes de los animales que perseguian: combatian en luchas feroces por el pillaje y por arrebatarse las riquezas de sus enemigos despues de la victoria;

(1) *Maana patrum merita, principis dignationem etiam adolescentulis assignant.*—(N. del T.)

pero tan luégo como la recompensa no se les presentaba al término de su esfuerzo, cesaba éste y se dejaban dominar por la pereza. Ya ántes queda dicho: eran dados á la molicie aunque detestaban el reposo, y por esta misma razon consideraban necesaria la guerra para mejorar de posicion, y les inspiraba aborrecimiento y aversion todo trabajo inútil (1).

La mayor parte de aquellos hombres se hicieron servir la comida por sus propios hijos; porque á los esclavos no se les humillaba en el empleo de las faenas y cuidados domésticos: pagaban á sus señores cierta cantidad de las semillas ó de los frutos que recolectaban en sus tierras; pero las costumbres de aquellas gentes, que consagraban un venerable respeto á la dignidad del hombre, no permitian la esclavitud personal.

Otros muchos se entregaron á las emociones de los juegos de azar, y aquí fué donde Ruscin creyó poderse vengar de Bebr'ix: sabía el ciego furor con que los jóvenes, dominados de aquel vicio y pasion, exponen todo cuanto poseen á los azares de la suerte, y conocia perfectamente el carácter de Bebr'ix para alentar fundadas

(1) *Quum iidem homines sic ament inertiam et oderint quietem.*—(N. del T.)

esperanzas de arrebatarle en el juego los tesoros que le habian dado aquel poder y el prestigio que gozaba. Intentaba reconquistar así la preponderancia que Bebrix habia adquirido sobre los de su tribu en daño suyo y de Saron; pero la suerte, léjos de favorecer los proyectos é intenciones de Ruscín, se ensañó contra él, y sucedió al poco rato al anciano lo que acontece á todo aquel que imprudentemente empeña lucha terrible contra el destino: creyendo poder dominar al juego, fué el juego el que lo dominó á él: quiso poner un incentivo á la pasion de Bebrix, y fué la suya propia la que vió presa de aquel atractivo. La pérdida de sus joyas, una tras otra, cegó á Ruscín llevándole á la desesperacion, y se lanzó á esa fatal senda en que se extravian los que ya no juegan por ganar, sino por recuperar lo que han perdido. Queriendo recuperar sus alhajas perdidas, jugó otras más preciosas y de más valor que tambien perdió: cuando se le agotó la plata dispuesto del oro, quiso rescatar el oro y jugó sus armas, intentó redimir sus armas y jugó sus caballos, procuró reconquistar los caballos y jugó su carro..... En fin, despojado de todo, sin joyas, sin monedas, sin carro, sin caballos y hasta sin armas, Ruscín loco, frenético y desencajado se ofreció él mismo como última puesta en tan

terrible partida; (1) pero en el momento de hacer tal proposicion á Bebrix, éste se levantó y le dijo:

— No debo aceptar hoy semejante jugada, porque dentro de poco tengo necesidad de hablar contigo de un asunto que no podria tratar con un esclavo.

Ruscín quiso insistir, pero Bebrix se mostró inaccesible, y estando ya próxima la noche se fueron retirando todos á sus respectivos campamentos. Ruscín fué el único que no se dirigió al suyo: se encaminó hácia el de Saron, á quien no habia visto desde aquella mañana, y no encontrándolo en su tienda supo, por el escaso número de soldados que le habian sido fieles, que Saron habia salido del campamento encaminándose por la senda que conducia al Bosque Sagrado. Ruscín, dominado por la cólera, por la desesperacion y por la impaciencia, ni podia entregarse al descanso ni quiso aguardar el regreso de Saron, á cuyo encuentro marchó por el camino que le habian indicado.

No carecia de importancia para Ruscín la urgencia de avistarse con Saron, á quien consideraba como única tabla de su salvacion; porque si bien no podia volverle los

(1) *Extremo de novissimo factu de libertate et de corpore contendant.*—(N. del T.)

soldados que, desertando de las suyas, se habian pasado á las banderas de Bebrix, podia socorrerle, al ménos, de la terrible pérdida que acababa de sufrir y salvarlo de la ruina y de la miseria; pero Ruscín anduvo errante por los contornos de la Sagrada Selva, sin encontrar á ningun sér viviente. El silencio que reinaba en aquel bosque misterioso era semejante al de una inmensa tumba: al dia siguiente debian salir de su seno los oráculos encargados de profetizar la suerte que esperaba á los Celtas, y parecia que la Selva se reconcentraba en su ámbito como una pitonisa.

La noche avanzaba, la oscuridad era completa, y Ruscín pensó en regresar á su campamento. Entónces fué solamente cuando se acordó de su hija, quien teniendo ya noticia de la ruina de su padre, estaba doblemente intranquila y pesarosa por la tardanza de aquél. Dejándose llevar en su pensamiento por la injusta propension que arrastra á todo hombre agobiado por el peso de su propia conciencia, empezó Ruscín á forjar en su imaginacion acusaciones contra Valla: encontró que su hija era la primera causa de la desgracia que sufría; maldijo en ella esa desenfrenada pasion de las mujeres por la magnificencia de las joyas y el lujo de las vestiduras, y se recon-

vino por haber accedido y permitido la preferencia dada por Valla á Saron, cuando, á decir verdad, habia sido él mismo el que la habia excitado. Luchando con estas ideas marchaba en direccion á su campo, cuando á larga distancia le pareció distinguir dos sombras que salian del bosque: la una se destacaba perfectamente en las tinieblas á causa de la blancura de su ropaje, y la otra se confundía con la oscuridad. La primera debia ser una mujer, porque solamente ellas usaban aquel hábito talar de blanco lino que resplandecia á pesar de la noche: la segunda debia ser un guerrero.

Ruscín quedó sorprendido al observar que seguian su mismo sendero, que era el que conducia directamente á su campamento: ocultóse tras un espeso arbusto para dejar pasar á la misteriosa pareja, reconociendo desde luego á Elomare por su elevada estatura y á Bebrix por el sonido de su voz, que decia á la sobrina de Ambigat:

— De suerte, Elomare, que no consideras insensato mi amor y me prometes que seré correspondido y feliz?

Así se expresaba el jóven guerrero al cruzar por delante del materral donde se habia agazapado Ruscín, el cual percibió aquellas palabras clara y distintamente: eran la continuacion de otras que no pu-

dieron distinguirse sino en rumor, y las que siguieron despues se confundieron con el mismo rumor, que huyó con la distancia y se perdió en el espacio. A pesar de esta contrariedad, aunque Ruscín no pudo sorprender distintamente más que esas pocas palabras, conoció que siempre había hablado y seguía hablando la misma voz; y si no hubiera reconocido de una manera cierta y evidente á Elomare, por su inequívoca estatura, hubiera dudado que se dirijiesen á ella esas frases amorosas, puesto que la fiereza de su continente y su severo aspecto marchando al lado de Bebrix nada indicaban en ese sentido.

Sin embargo, aquella prueba era más que suficiente para confirmarse Ruscín en las sospechas de la inteligencia que suponía existiese entre Elomare y el jóven jefe de los Tectósagos. Los siguió con la vista, proponiéndose, al espiar sus pasos, un designio de terrible acusacion que iluminaba en su mente y que adquiría gigantescas formas en la imaginacion del astuto anciano, á medida que las sombras de Elomare y de Bebrix se perdian en la oscuridad.

No pudiendo adivinar el proyecto que llevara á Elomare á su campamento, sospechó que fuese el de seducir con dádivas y promesas á los últimos soldados que permanecian fieles y unidos bajo su mando.

Y por más que Ruscín se considerase arruinado hasta el extremo de creer que no fueran ya necesarias las seducciones para que sus guerreros le abandonasen, y que bastaba con su miseria y pobreza para que todos ellos se alejasen de él, esto no obstante, se disponia á perseguir á Elomare para sorprenderla en su traidora empresa, cuando un nuevo y extraño ruido que se percibía por el lado del bosque llamó su atencion, y muy luégo reconoció que era producido por la marcha de unos cuantos hombres que salian de la selva. Unos conducian caballos cerriles y bueyes libres de todo yugo, y otros llevaban sobre las cabezas grandes cestos de junco y mimbres, dentro de los cuales se ajitaban, al parecer, algunos animales; por los graznidos que se escaparon de una de estas jaulas averiguó Ruscín que eran cuervos los que iban encerrados en ellas.

Las medidas de precaucion que adoptaban aquellos hombres en su marcha, eran el testimonio del temor que les inspiraba la idea de ser descubiertos; y aunque eran muchos, caminaban todos guardando un profundo silencio. Cuando alejados del bosque llegaron á un lugar donde se dividia el sendero, separáronse los unos con direccion al Norte de la selva y los otros hácia el Oriente.

Todas estas escenas y estas diligencias, que se verificaban al amparo de los misterios de la noche, confirmaron cada vez más en sus sospechas á Ruscín, que adquirió la convicción de que se organizaba algun complot; y como él se consideraba haber sido la primera víctima de la alianza que suponía existir entre Elomare y Bebrix, creyó ahora tambien que los grupos de hombres que había visto salir del Bosque Sagrado, llevaban el designio y el encargo de armar nuevos lazos de perfidia contra él. Así pensando se decidió á seguirlos y á espiarlos en la oscuridad, y escogió de los dos grupos aquel que se dirigia por los sitios más próximos á su campamento.

Aunque la marcha discreta y cautelosa de estas gentes apenas produjese ruido alguno, confundia, sin embargo, el de los pasos de Ruscín, que empezó á caminar bastante cerca de aquellos hombres para sorprender cualquiera palabra que se les hubiera podido escapar; pero nada pudo oír, porque guardaron un intencionado y aterrador silencio que imprimía severo y extraño sello á la expedición. Por último, despues de seguir un sendero escabroso, llegaron á un bosquecillo de frondosos y espesos árboles, separado de la Selva Sagrada, y protegido en derredor por elevados helechos y espinos silvestres de virgen ve-

jetación. El silencioso cortejo penetró en él, venciendo, no sin algunos esfuerzos, los obstáculos que oponia la agreste espesura del monte, y Ruscín fué allí testigo de una escena que no esperaba, ni cuyo objeto podia explicarse á pesar de su clara penetración y agudo talento.

Cuando aquellos hombres, que vestían el túnico talar de los druidas, llegaron al centro del bosquecillo, hicieron alto, y uno de ellos, armado con una pesada maza de hierro, empezó á descargar tremendos golpes sobre las cabezas de los bueyes y de los caballos, cuyos animales caían atronados por tierra, como heridos del rayo. En seguida otros que estaban provistos de anchos y cortantes aceros, se encargaron de rematarlos, y casi al mismo tiempo otros extrajeron á los cuervos de sus jaulas. Estas siniestras aves, cuyo apetito se había excitado, sin duda, de antemano, se arrojaron feroces sobre el sangriento festín que les ofrecían, clavando en aquellos despojos sus férreos picos y aguzadas garras.

Todavía permanecieron los druidas algunos momentos contemplando aquel espectáculo, y luego, con el mismo silencio y sin que ni un gesto siquiera hiciese traición al pensamiento que les había guiado, reemprendieron la marcha con dirección al Bosque Sagrado. Ruscín continuó aún en su se-

guimiento, no explicándose lo que había observado en otro sentido más sino como una consulta misteriosa por medio de la cual pretenderían los druidas conocer el futuro resultado de la Asamblea general que iba á celebrarse al día siguiente, ó bien las consecuencias de la guerra que en ella se pretendía acordar.

Los dos grupos de sacerdotes que habían salido de la Selva penetraron en ella casi al mismo tiempo, y Ruscín observó que uno de los que formaban parte de aquél que no había él podido seguir se separó de sus compañeros y se dirigió hácia el campamento de Saron. Por un momento supuso Ruscín que podía ser el mismo Saron, y hasta intentó darle alcance; pero ya los resplandores del nuevo día comenzaban á extender por el horizonte su rojiza aureola, y se decidió á penetrar en su campamento.

Ruscín encontró sus tiendas algo más desiertas que ya lo estaban la vispera, y comprendió que el escándalo de su ruina había ahuyentado de allí al resto de sus soldados. Sus siniestros designios se exaltaron á la vista de sus caballos, de sus armas y de sus tesoros, que ya no le pertenecían. Todo lo que, en puridad, no había sido hasta entónces para el mismo anciano más que una red de consecuencias inge-

niosamente deducidas de aparentes premisas y de falsas suposiciones, adquirió visos de realidad, con proporcion colosal, en su mente calenturienta: la necesidad de creer todo lo que se había imaginado le condujo al consejo de desechar las dudas, y la sola circunstancia que, tal vez con otra disposicion de ánimo, hubiera iluminado su entendimiento, lo decidió, por el contrario, á utilizar los medios extremos que consideraba únicos para su salvacion.

A poco de haber penetrado en su tienda se le presentó su hija. El alegre semblante de la jóven respiraba tal felicidad y satisfaccion, que su aspecto pareció á Ruscín irrespetuoso, inconsiderado y hasta como rayando en los límites de la injuria: preguntóle cual era la causa que la hacía tan dichosa, y ántes que Valla hubiera tenido tiempo de responderle, se dejó llevar por los amargos sentimientos que oprimian su corazón, y exclamó:

—¿Es acaso que te alegras porque me ves arruinado y porque me será preciso volver á nuestra comarca como un mendigo viviendo de la hospitalidad de mis compatriotas? ¡Ah!... Hé ahí lo que son los hombres! Hé ahí lo que son nuestros propios hijos! Si hace pocos días me hubieras visto triste y aflijido no te hubieras presentado á mí, Valla, con la mirada alegre

y el semblante risueño : por el contrario, hubieras procurado consolarme y averiguar la causa de mis dolores. Hoy ya es distinto y crees que puedes insultarme con tu sonrisa porque no poseo armas ni riquezas; pero te engañas. El infame que me ha despojado no me lo ha arrebatado todo y pudo privarme hasta de mi libertad... ¡Imprudente! Me queda también el derecho de asistir á la Asamblea general de la nación, y allí les emplazo á él y á su indigna aliada.

— Pero, padre mio, dijo Valla; ved que os engañais, y yo puedo aseguraros.....

Ruscin, ahogó violentamente la palabra en los labios de su hija, y gritó:

— Tampoco me ha privado de mis paternales derechos.... ¿Entiendes, Valla? No soy esclavo, y algo me pertenece aún en el mundo. Esos derechos, bien lo sabes, me autorizan para disponer de tu vida.

El furor que se retrató en la fisonomía de Ruscin al pronunciar esas terribles palabras, llenó á Valla de terror y la hizo estremecerse. La jóven comprendió que ninguna observacion ni advertencia podia hacer á su padre en estos momentos, y que aún la noticia más favorable sería interpretada con poco acierto.

Valla guardó silencio, humilló la vista y fué á caer de rodillas á los piés de Ruscin.

IV.

Habia llegado la hora de la Asamblea general y velase á los Celtas que, abandonando unos la ciudad y otros sus campamentos, se encaminaban todos á la llanura ó vega donde debía celebrarse.

Ruscin, acompañado de Valla y de algunos pocos soldados que le habian sido fieles, se dirigia también á aquel lugar. No era ya el respetable y majestuoso anciano que habia salido del país de los Tectósagos con un brillante ejército de numerosos carros: tampoco era el bravo caudillo cubierto de magníficas joyas y armado de lucientes aceros, que los pueblos habian saludado á su paso con el título de rey. Apenas si era uno de esos guerreros que, no pudiendo llevar hombre alguno á sueldo, tienen que ponerse ellos mismos al de cualquier ilustre jefe.

Para colmo del despecho que le dominaba, acertó á pasar Bebrix por delante de él, rodeado de un brillante y numeroso séquito que igualaba al de los dos sobrinos de Ambigat: el esplendor de su marcha y comitiva se asemejaba al triunfo de un soberano, y Ruscin quiso detenerse para darle paso, á fin de embriagarse, por decirlo así, en su desdicha y afirmarse en la